



## Carlos Abraham LA EDITORIAL TOR

Medio siglo de libros populares



Carlos Abraham nació en Tandil en 1975. Es Profesor y Licenciado en Letras por la Universidad Nacional de La Plata. Es autor de los poemarios Rito de iniciación (1993), Fuera del tiempo (1995), Noche de trovadores (1998), Crisálidas (2000), A la sombra de gárgolas (2003) y En la noche de los tiempos (2006), y de los ensayos Borges y la ciencia ficción (2005, reimpreso en 2010), Estudios sobre literatura fantástica (2006) y La literatura fantástica argentina en el siglo XIX (2008, inédito). Tiene en preparación un volumen de narrativa titulado El castillo de lord Valdemar.

(Continúa en solapa posterior)

Sentidos del libro invita a discutir y reflexionar sobre los múltiples usos de la palabra escrita. Abarcando proyectos editoriales cargados de implicancias político-culturales, se extiende hacia la amplia cultura del impreso y aquellas categorías que nos permiten hoy pensar el universo del libro, sus transformaciones y las prácticas que lo atrada camada cam

Fue director de la revista académica Nautilus (15 números, 2004-2009), dedicada al estudio e investigación de la ciencia ficción hispánica, en especial arrentina.

Ha ganado diversos concursos literarios, entre los que se destaca el certamen "Cuentos Cortos de Terror", organizado en 2005 por la empresa Metrovías, donde obtuvo el primer premio con "El negocio de la anciana". En cuanto a ensayo, puede mencionarse el primer premio en la categoría "Mejor Ensayo Crítico en Lengua no Inglesa", concedido en 2007 por la IAFA, con "Las utopías literarias argentinas en el período 1850-1950" y el premio "Pensar el Bicentenario" concedido en 2010 por Editorial La Comuna. Ha publicado ensayos, cuentos, poemas, reseñas y traducciones en las revistas La Nueva Avenida, Julio Cortázar, Proyección, Polígono de Cuentistas y Poetas, Los Conspiradores de Siempre, Arkadin, The Burroughs Bulletin, Cuasar, Axxon, Lilith y Galaxia, en las antologías Artifex, Fabricantes de sueños, Cuentos de terror, Verso a verso, La lenta obsesión y Textos del trovador, y en los diarios El Día y Nueva Era. En las revistas académicas Series Monográficas y Cuadernos Angers-La Plata publicó trabajos sobre Jorge Luis Borges y Juan Filloy.

## Prólogo

La investigación de Carlos Abraham sobre la Editorial Tor nos depara una sorpresa estimable y duradera. Conocida por miles de lectores, y aun perdurando en el recuerdo de los lectores de cierta generación ya madura, no había donde poner a esta pantagruélica empresa editorial, en términos estrictamente críticos, en el cuadro de la historia cultural argentina. Al leerse este excelente trabajo, repleto de agudas observaciones y de un tejido de relaciones inesperadas con la espesura cultural de una época, se origina en el lector ya antiguo -y seguramente en el que nunca oyó hablar de esta editorial-, un extraño alivio. Consiste en que repentinamente se completa, como si en manos del lector cayera un cromo que parecía inhallable pero que estaba a la vista, para colmar el panorama complejo de una cultura emanada de una imaginería que colocaba mitos arcaicos y modernos en rotativas industriales, ya que no extinguida, continuada hoy a través de procesos, métodos y designaciones muy diferentes.

Es la cultura del folletín popular que como empresa de un mercado cultural de masas arroja miles de libros concebidos como producto de un acto industrial –pero en verdad, de un paradojal acto de industria cultural–, a la avidez de un público nuevo que siente que puede confiar en estos ingeniosos

mediadores entre las altas culturas del siglo XIX y las primeras décadas del siglo xx, y la conciencia colectiva de un vasto estrato popular disponible para el relato prodigioso v el consuelo secreto de los héroes. El creador de Editorial Tor -tal como se estudia cuidadosamente en este libro- es un tipo especial de empresario, que juega con todas las significaciones del acto de editar inventando nombres ficticios de editoras paralelas e innumerables denominaciones para las colecciones, que eran un abanico babélico que iba desde las novelas rosa hasta la famosa Pif-Paf. Como una gran maquinaria succionadora que tiene un lado legal y un lado apócrifo, la editorial tenía todos sus tentáculos absorbentes dirigidos hacia los grandes géneros que ya constituían las categorías que precintaban al público lector: las aventuras de la selva, el policial clásico, la filosofía universal, la historieta, los clásicos célebres del pasado, los libros malditos, la gran literatura que jugaba con su origen en levendas prodigiosas -allí se publica la Historia universal de la infamia de Borges, de quien también es un fragmento que el autor de este libro encuentra perdido en unas páginas de algún volumen de la Colección Misterio. Se trata de un comentario sobre Edgar Wallace que, entre sus tantas producciones, se hallaba en la saga de Míster Reeder.

Borges anota: "la organización y aclaración, siquiera mediocre, de un suculento asesinato o de un doble robo, exigen un trabajo intelectual que es muy superior a la fétida emanación de sonetos sentimentales o de diálogos entre personajes de nombres griegos o de poesías en forma de Carlos Marx o de ensayos siniestros sobre el centenario de Goethe o de

meritorios estudios sobre el problema de la mujer, Oriente y Occidente, la ética sexual, el alma del tango y otras inclinaciones de la ignominia".

Era una justificación sostenida, en los reconocibles juegos irónicos y postulados estéticos borgeanos, de una empresa que se basaba gozosamente en rápidas traducciones de toda la pulpa que emanaba de las rotativas, que escuchaba un alma universal que en un mundo que marchaba a una guerra leía a Batman –las primeras ediciones son de Tor-; Tarzán, que se publica en la casi totalidad de lo escrito por Edgar Rice Burroughs, pero con la cuerda paralela que de forma legal o ilegal aportan los escritores fantasmas de Tor, increíbles personajes que de alguna manera cumplían la extrema función de los copistas medievales –que la posteridad no recogió– con los postulados borgeanos de la escritura mimética, la anulación o transfiguración del nombre, las atribuciones erróneas o suculentamente plagiadas.

Precisamente, la cuestión de los nombres es una clave interna de todos los largos años en que Tor –denominación tomada del nombre del movedizo propietario Juan Carlos Torrendell–, que con sus más de 10 mil títulos publicados en un lapso de más de medio siglo, en las series de intriga, misterio y fervor por indeclinables exotismos, creó un horizonte fantasmático y heterogéneo que en sí mismo parece como una obra maestra de una imaginación especulativa y gótica, infantil y afiebrada, poroso a las demandas de un mundo convulsionado y promotora de todas las grandes tramas de la narración candorosa que lanzaba como fabricante

de fantasmas arltianos sobre la ciudad. Publicó a novelistas célebres, filósofos clásicos, políticos mundiales de toda laya, y siempre bajo la turbia acusación de que el descuido de las traducciones o la amputación de los textos era parte consustancial del negocio. Torrendell se defendía desde editoriales apócrifas paralelas, en las que acusaba a sus acusadores exactamente de lo mismo, siendo este uno de los aspectos de esta industria de ficción industrial, con su encanto extravagante y su indisimulable escala de mercado.

Insaciable, devoraba y expectoraba toda la papilla ideológica escrita en insondables usinas de la modernidad del lector popular, con las estructuras sentimentales que ya se habían preparado por la revolución industrial en esa Londres que había estudiado Engels o en las voraces demandas de las literaturas de quioscos de las grandes estaciones de transporte, tal como las había estudiado Hoggart en The uses of literacy en 1957, y en ese movimiento antropofágico, podía ser festejado por extraños vanguardistas, pero denostado por los lectores calificados, por los universitarios que con razón criticaban la ausencia de aparatos críticos y descuidos imperdonables en los textos de los grandes filósofos que publicó, y por el empleo de papel industrial de baja calidad consonante con el descuido textual -lo que luego se llamaría a modo de desdén o festejo pulo fiction-. Durante la guerra, la Embajada Británica lo colocó en un índex por haber publicado Mi Lucha -con una justificación comercial que por la índole de ese escrito no podía ser inocente-, pero estaban en su catálogo Roosevelt y Lenin. Este último con una particularidad: era un libro apócrifo industrializaba sin extirparles un remoto embrujo. Tor, si se le agregara apenas una hache intermedia, es el dios del trueno en las antiguas mitologías.

El ingenioso y desmedido empresario que inventó este trueno de papel, con su riesgoso desenfado y su tenue parecido con las turbaciones provocadas por "la guerra de los mundos" –también publicó a H. G. Wells– cruzó todas las fronteras y generó un ideal aventuresco de masas, acatando disciplinadamente todos los géneros –terror, policial, exotismo, ultratumba, mezclado con traducciones desgonzadas de Hegel o Descartes–, que, sin duda, es uno de los mayores rastros que pueden seguirse para estudiar desde una de sus dimensiones inesquivables el espíritu colectivo y la formación de un tejido lingüístico soterrado con el cual, entre otras cosas, se hablaron las guerras y las grandes catástrofes sociales en nuestro país y en el mundo.

Horacio González



[...] Carlos Abraham, con un minucioso afán que asombra por su seguimiento detectivesco –acaso inspirado por Sexton Blake, que acaba de tener su reescritura publicada póstumamente por Leónidas Lamborghini-, ha entrevistado a protagonistas, extraído conclusiones admirables –por ejemplo, sobre la historietistica argentina y los origenes de Breccia-, cubre un amplio espacio vacio cual es el de la historia de Editorial Tor –vacio pero ostensible, pues se podía observar por su voluminosa presencia aunque quedaba omitido en las consideraciones sobre la formación del gusto popular, por la ausencia de estudios de lo que por ventura hubiera podido ser un "Gramsci argentino", con lo que deja en nuestras manos un trabajo excepcional, una pieza mayúscula y perdida de la historia de la lectura pasada por las trituradoras literarias del maquinismo que las industrializaba sin extirparles un remoto embrujo. [...]

## Horacio González



